

### III

Yo, sin embargo, iba llenando los huecos de mi vida de una forma vulgarísima y común. Acudía todas las mañanas al despacho de don Miguel Velasco y allí pasaba unas horas ordenando papeles, contestando cartas, redactando telegramas, copiando documentos, etc., etc.

Don Miguel leyó mi artículo, y debió entusiasmarle, porque al día siguiente me llamó a su casa particular, donde según me comunicó tenía que hablarme.

Fui a la hora que me señalaba, y le hallé tomando una taza de café en un saloncito pequeño.

—Te he llamado —me dijo— para proponerte unas cuantas cosas. He leído tu artículo y me ha gustado lo bastante para que te aconseje sigas escribiendo; las columnas del periódico están a tu disposición; pero, ya ves, es un diario político, donde la literatura representa lucha; mira a ver si puedes escribir un artículo relacionado con la actual situación, y me lo traes; tienes imaginación, tienes talento, y hay que aprovecharlo de forma que pueda servir de algo a tus semejantes; ya estás bien enterado de los asuntos y despacho en mi secretaría; si me satisface tu trabajo en el periódico, ocuparás el lugar de secretario de mi mayor confianza y habrás hecho tu carrera; los comienzos son buenos. ¿Qué, te prestas?

—Sí, sí; desde luego —le contesté.

—Muy bien; los hombres de talento y de ambición son los que se colocan donde quieren, no lo olvides; pero, oye: ha llegado a mis oídos que haces una vida rara, que ves las cosas también de una forma muy rara. ¿Es verdad? Aunque, bueno, todo eso es la edad; pero ten mucho cuidado con las fuertes y profundas lecturas de... algunos escritores.

Yo me callé, ante aquel hombre se cortaban todas mis facultades pensadoras, y parecía que sólo obraban en un desordenado conjunto las expresiones ordenadoras de mi soñolencia vital. Por eso asentía a todo; no comprendí en aquellos momentos la transcendencia de mi compromiso, y lo consideré como un enorme triunfo en los comienzos de mi *vida pública*.

Me despedí, quedando en llevar al día siguiente a la oficina un trabajo en el que mis aptitudes de luchador político se habían de poner de manifiesto ante unas cuartillas de papel blanco, mudo y acariciador.

Al salir a la calle, noté que recobraba algo perdido, algo que había estado lejos de mí durante la entrevista, y ocupé otra vez en la sociedad el tipo de hombre que a todo se opone, que todo lo discute, que todavía no ha visto nada claro, que no admite más Dios que las desconocidas fuerzas, que, en fin, nadie lo comprende. Y marché hacia las afueras de la ciudad, nada más lógico que huir de lo que se odia, y refugiarse en las soledades, donde, si en verdad no existe nada adorable, es verdad también que no hay objetos ni seres repugnantes; puse mi vista en la observación de grandes encarnaciones ideales, internaba mis pasos por las sendas rústicas de un bosquecillo olvidado; las plantas me acariciaban a veces la cara con sus extremidades rebeldes, y unos abetos frondosos parecían interceptar las humanas costumbres para, en aquel pequeño vergel, posarse puras y alegres las influencias de un ignoto paraíso.

Había llovido, todas las vegetales y risueñas caras mostraban sus bocas hartas y sus parpadeos nerviosos; las enramadas sacudían a veces unas gotitas del hermoso elixir, y le hacían llegar a mis impresionables órganos merced a ligeras y sutiles presiones de los

pajarillos como ayudando a sus buenos hermanos a abandonar la herrumbre de unas gotas olvidadas, frías e hirientes. Y yo, embobado, miraba, miraba..., y únicamente podía advertir un sublime silencio, una difusa luz vespéral que parecía ir apagando los luceros fulgidos y la claridad indecisa.

Y salí del bosquecillo con la voz ronca y la mirada herida; al llegar a la explanada noté un dejo triste que me llamaba..., me llamaba... Y en la solitaria avenida se oyó un lamento, una risotada o un frágil murmullo de abierta musa: *shasruffrawbj...*; volví la cara y no vi nada, digo, sí: una mole delineada como cuerpo triunfo me ofrecía una mano... ¡¡El Dios!! El Dios de todo lo existente, el Dios de las justicias todas, el Dios de los sublimes cantos, el Dios que...; cuando más me fijaba en él desapareció, envolviendo sus tres ramas en un paño riquísimo. Un imperceptible rumor sucedió después, un bocinazo de un auto se dejó oír, y el ruido isócrono de unos pasos hacia la ciudad retumbaba seco y amenazador sobre las incomprendidas mentes...

Y me vi en el centro de la ciudad, una corriente de mala fe inundaba todas las caras; se distinguían a lo largo de la calle diversas escenas símbolos, agudas demostraciones de atraso, de incultura, de carencia de todo...; las estampas se sucedían como una distraída colección kaleidoscópica...: Unos guardias se llevan un beodo que protesta tambaleándose... Unos niños, golfillos vivaces —hijos naturales del Dios desconocido y de la vida—, se apoderan de ciertos objetos en una tienda de ultramarinos... Un grupo de obreros dirige frases gruesas a otro grupito de afeminados «pollos bien»... Un auto, rozando la acera, salpica de lodo a los transeúntes, de cuyas bocas salen palabras soeces y enérgicas... Un mendigo recoge colillas con cara crujiente y andar lastimero... Unas figuras acorchadas y adiposas cubren las puertas de los comercios, como mostrando sus ingresos o como riéndose sarcásticamente de la multitud toda... Un pobre poeta envía su alma florida hacia una bella que le mira con melancólica extrañeza... Un mocetón fornido —puro espartano de las antiguas épocas— regresa del taller, sudoroso, alegre y jacarero... Un desgraciado, ¿un loco?, prorrumpe en gritos pidiendo justicia para los desheredados de la vida... Un chiquillo berrea por el logro de un pueril capricho... Unos clérigos pasean su apagada vista por los dibujos circundantes... Unas jóvenes ingenuas y románticas oyen sin comprenderlo el brutal piropo de un vejete bilioso... Unos adolescentes, entre desconcertados y atrevidos, se mueven con un gracejo de humorismo... Unos viejos militares, de marcial figura y recios ademanes, critican el absurdo descote que advierten en una bella y empingorotada dama... Y un joven cuya nostalgia se dibuja en sus facciones mira todo con desdén, con marcado asco, con elevada y fundada crítica, con maravillosa concepción sublime, cierra a veces los ojos, aparta la vista o refugia sus visiones en la obscuridad...; ese joven era yo.

Alguien le mira con insistencia, le da un golpecito en la espalda, le saluda y continúa a su lado con inequívocas muestras de aprecio y afecto grandes; es Portolés, el doctor, mi amigo.

Yo caminaba embebido y absorto, fija mi mirada en las estampas descritas: ante todo pasaba incorregible, mortífero y soñoliento, y, por eso, hacía huir totalmente de sus influjos las altivas fuerzas mías.

—¡Hola!, amigo Castro. ¿Qué hay?

—Ya puedes ver, Portolés, hacia casa caminaba distraído, mudo y observador, como siempre, igual que siempre, ¡maldita vida! ¿Cuándo harás variar por tus propias iniciativas estas actividades hombrunas?

Y nos fuimos inmediatamente a cenar; un frío, impropio de Mayo, cruzaba el ambiente y atería las caras en contracciones, ya ridículas, ya de una compasión ilimitada y rayana en alevosas venganzas. En casa se encontraban los otros compañeros, reunían los incidentes del día y las impresiones sufridas. Los estudiantes hablaban de la proximidad de los exámenes y hacían cábalas más o menos satisfactorias sobre su posible resultado. José Ortas trataba de explicar el aumento de trabajo en su oficina, o comunicaba los más salientes extremos de una conquista realizada; era lo de todos los días, siempre lo mismo. Portolés se adhirió a la frívola conversación y dijo haber visto unas chicas «estupendas» paseando por la Avenida. Yo les oía —como siempre— en silencio, almacenando en mi conciencia sus mundanas ideas, que después habían de digerirse ayudadas por el jugo gástrico de la crítica razonada, para formar parte, bien como ellas eran o bien sus contrarias tesis, de las distintas, pero ordenadas, galerías de mi razón.

Después de cenar y de una aburridísima —para ellos divertida— sobremesa nos separamos. Pablo Confortes y Lucio Romero a sus libros ha poco desempolvados; José Ortas a su cotidiano café; Miguel Portolés a su tertulia diaria de compañeros de clínica, y yo a mi habitación, donde pensaba comenzar un trabajo literario. Escribí mucho..., poco..., no lo sé... Las cuartillas parecían revolotear sobre la mesa y se poblaban de notas; surgieron en mi imaginación distintas figuras de alta política...; recordé algunos hechos, acoplé unos cuantos datos y creo que el trabajo quedó completo. Me acosté débil, sin fuerzas, como si con la pluma hubiera ido regando sobre el papel trozos desgarrados de mis actividades. ¡Y esto para escribir un artículo sobre política!

Me levanté al día siguiente con un recuerdo algo vago y difuso de lo acaecido la pasada noche; ordené las cuartillas, las releí, me gustaron, y, sin más preámbulos, me dirigí al domicilio de don Miguel; era temprano, pero le encontraría levantado, pues todas esas gentes tienen por general costumbre el madrugar; es como un indicio de su activa labor, de su continuo movimiento, de su merodeo eterno. Ya vestido, desayunaba, a la vez tenía delante un artículo financiero de una importante revista bursátil; abandonó su lectura sonriendo y me estrechó la mano, su mirada siempre escrutadora removía las cuartillas que me arrebató inconscientemente. En su cara se iban dibujando las diversas impresiones: una sonrisa, de triunfo acaso, llenaba su boca toda como en un fuerte estremecimiento sensual; hacía gestos que indicaban su aprobación y conformidad, debió también advertir algunos rasgos un poco exaltados y movió la cabeza negativamente; yo iba siguiendo con interés todas sus frases mímicas, terminé al fin, volvió a releer el título y me dijo:

—Está muy bien; se publicará en el periódico, aunque es preciso reformar algo unos extremos no bien adaptados a la situación actual. Esto de «...El bacilo de la ambición que corroe hoy día las interioridades de todos los partidos requiere y exige una amplia destrucción...» Hombre, comprenderás que nosotros mismos nos atacamos, estaría bien esa frase si únicamente se refiriera a determinados bandos enemigos nuestros; es más, cuida siempre de dejar a un lado a los conservadores reaccionarios, todas las furias para los antidinásticos. ¿Comprendes? Pero bueno, en general me ha gustado, tacha esos renglones, procura que no se altere el sentido de lo que sigue, y con una tarjeta mía lo llevas al periódico; si viene por aquí el director le diré que lo coloquen en el fondo. Ahora, amiguito mío, al despacho, creo que hay bastantes cosas.

Yo asentí, radiante júbilo me dominaba, se me aparecía el periódico con mi artículo en el fondo y mi firma debajo como sosteniendo los últimos renglones; en la calle volví a

convertirme en el joven melancólico y triste. ¿Qué representaba para mí la publicación de aquel artículo? ¿Resolvía acaso alguna de mis incógnitas, o únicamente llenaba huecos sentidos por un vulgar egoísmo? Ante estos pensamientos volví triste la cabeza, la calle parecía colear detrás como ridiculizando mis ideas.

Llegué al periódico, pregunté por el director, me pasaron a su despacho y le entregué el trabajo; me dijo un seco «está bien» y me marché agobiado por presentimientos que se relacionaban con mi actual realidad en la vida. Era aquel un artículo en el que ponía de manifiesto unas impresiones y unos comentarios, pesimistas más que otra cosa, sobre la política provincial; citaba varias veces la opinión de un político encumbrado, intercalé ciertas afirmaciones de dudosa ética, y firmé. Pero yo me preguntaba: «¿Es realmente mi sentir el nervio del artículo o he mojado mi pluma en las coacciones del ambiente?» No sabía ni podía contestar, yo notaba, sin embargo, ansias nobles de aclarar los conceptos, y varias veces estuve por volver para recogerlo, pero no me decidí; la batahola callejera terminó por robar de mi mente aquellas retrospectivas determinaciones. Entré en la secretaría de don Miguel, y pronto un extenso manojo de papeles se me presentó a mi vista con ansias devorantes de orden y con las fauces dispuestas a tragarse mi mano al menor descuido. Di comienzo al trabajo, escondiendo la vista en aquellos documentos heterogéneos, parlanchines o mudos, entristecidos o alegres..., engendrados de un número incontable de minutas, protocolo, fastidio...

Y no hice nada, me sumieron unas meditaciones que aprisionaban sutilmente mi cerebro: Espiritualización, bandería realista, sensiblería, amplio razonamiento. Estas cosas, ¿qué son? ¿Destruyen, roen, aniquilan o simplemente carcomen la vida de un hombre? Sí, es un misterio, un misterio horrible, tenebroso, envolvente, capaz de interpretaciones equivocadas... El hombre..., el hombre es una larva que procrea, que florece, que tiene alma; el alma no se sabe lo que es: ¿espíritu? No, el alma no se adornece, no se encarna, no se pega conjuntamente al cuerpo, y el espíritu se nos adhiere, se nos prende, y algunas veces nos guía. Yo quiero saber de qué elementos se vale para guiarnos, para dirigirnos, y por qué en unos se encierra cual líquido grasiento y pegajoso en el cerebro, y por qué en otros busca las interioridades más floridas del corazón. Yo deseo saber también si esas dos clases de hombres, distintas únicamente en el lugar donde radican sus efectos espirituales, pueden entenderse, pueden comprenderse, pueden llegar a un acuerdo. La lucha es fratricida, se desarrolla en los miembros de la gran familia humana, y unos a otros se destruyen ciegamente, sádicamente; y aparece el odio, ¡¡el odio!!, se robustece en los cerebros, en ellos se elabora, logra su forma tenebrosa, irradia en pequeños corpúsculos sobre la sociedad toda, es un reguero de pólvora que nos ciega y, ¡ay!, en los corazones se transforma en rencor, en un mal incurable, un fatal sentimiento, un vampiro perdurable que corrompe, que hiela a los cerebros sanos y los corazones nobles; éstos, éstos son la pura perfección soñada, pero constituyen dos sublimidades antagónicas, ¡un cerebro sano y un corazón noble!, imposible hallarlos en un mismo ente, en una misma personalidad, surge el espíritu y donde asienta su trono resplandece la victoria, suenan los trompetines del triunfo, alumbrada la claridad... Un hombre que posea el espíritu en el cerebro es ordenado, todo lo ejecuta muy pensadamente, metódicamente, razonadamente; la humanidad lo venera, lo erige, lo admira, ¿por qué? Porque casi le comprende, sus actos son del agrado de todos, merecen la simpatía de todos; pero del HOMBRE-ESPÍRITU-CEREBRO nacen infinidad de variedades no igualmente hermosas, no guiadas por esa buena fe que deberá acompañar

todos los actos lógicos (1); sus engendros, ensartados en larga fila interminable, son acusados débilmente por unos rayos invisibles que parten del corazón, o por un desprecio significativo del alma espectadora, del alma sensible pero muda, del alma para la que el mundo es sin duda una purificación; estos engendros asqueantes del HOMBRE-ESPÍRITU-CEREBRO constituyen el nervio del organismo societario, y son, fijaos bien, los siguientes: políticos, negociantes, explotadores, las ruindades humanas..., ¡los canallas! (2), en una palabra; pero hay un engendro de ese tipo de hombre que es desconocido, que únicamente lo han vislumbrado en sueños los grandes pensadores, que significa la pureza de la raza, que trae consigo la realización de todas las aspiraciones. Es un hombre de cuerpo sano, de cerebro intenso, de espíritu más intenso todavía, de razón excesivamente alumbrada, de conciencia recta y de corazón indiferente...; es el hombre esperado, el hombre regenerador, el encauzador por perfectas sendas, el que destruya con su ingente potencialidad cerebral los castillos contruídos por sus antecesores, el que inicie los cimientos para la gran obra, la excelsa obra, la esperada obra...; y ese hombre vendrá, vendrá porque lo exigen las circunstancias, porque lo necesita el mundo, que dejará de rodar avergonzado si sobre su faz se realizan más repugnantes piruetas. Otro tipo de hombre es el CORAZÓN-ESPÍRITU, esto es, aquel en quien lo inmaterial se funde con las fibras sensibles, se adhiere cual ofidio rugidor a los emotivos hilillos del sentimentalismo; estos hombres no procrean más especies, son muy pocos en relación con el gran número de cerebrales, por eso resultan siempre ridiculizados en las contiendas; su impulsión y exaltado ardor justiciero es grandísimo; sus ayes, agudos y penetrantes; sus aleteos, mansos y dulces; son mirados no sin cierto desdén, desdén que le propinan a sus incomprensidos lamentos. Cada uno representa todo un culto, toda una religión, porque sus inmensos fervores son elevadísimos, porque sus propósitos son sublimes y magnánimos; deshacen su corazón que hierve y lo entregan pródigamente, acompañando cada átomo de un grito que logra a veces trastornar los cerebros y trocar la impasibilidad del alma. La humanidad en general no los comprende, achaca a locura sus fervores, y los abandona, mezclándolos con exabruptos bestiales e hirientes; la religión cristiana, esa religión que se funda en el amor, los desampara porque teme sus exaltadas concepciones, porque ve en ellos insubordinación acaso; vergonzosamente, entonces, la Religión claudica sus propios principios, y arrulla con sus falsos estremecimientos a los poderosos, a los que dirigen todo, a los voraces que la consideran como un medio de disciplina en las multitudes; y los que refugian todas las idealidades en el corazón se ven solos, escarnecidos, y resisten, resisten... Se puede asegurar que de éstos no saldrá el Redentor, el Hombre desconocido, el *Hombre-Dios* quizá, no el *Dios-Hombre*. Pero esta concepción natural no los abandonará, tenderá a su evolución lenta, lenta, hacia la concepción soñada, hacia el Supremo fin. Y desaparecerán las castas espirituales, el corazón quedará relegado a sus funciones fisiológicas, y el cerebro, el *cerebro-espíritu*, caminará imperturbable, triunfador, henchido de merecidas glorias, hacia su destino. Urge encontrar el hombre (3), el ente sobrenatural, el revolucionario, que, fundado en las teorías sentimentales ya fracasadas de aquel hombre rebelde que se llamó Jesucristo, inicie la revolución de los cerebros como él efectuó la revolución de los corazones.

Desperté de mi alucinador éxtasis; todas las ideas surgían confusamente en mi imaginación produciéndome hondo y martirizador chirrido; parecían salir de ellas largos tentáculos que querían aprisionarme y retenerme como autor de mis concepciones, como

responsable de que estuvieran conjuntas, unidas, dispuestas a posarse en los cerebros; es decir, que se me tenía en rehenes, donde había de permanecer hasta un momento indeterminado, expuesto a las iracundias del fracaso; pero no importaba, mi manera de pensar era ésa, luego cobarde sería si no la mostrara en la frente a todo el mundo que quisiera examinarla, que deseara comprenderla; cortó las amarras de aquellas comunicaciones la llegada de don Miguel Velasco, a quien en los primeros momentos miré como a una exótica figura que turba nuestros ratos de ideal esparcimiento; me encontró sin hacer nada, igual que había permanecido toda la mañana.

Traté de disculparme, me dolía la cabeza. Con una mirada de reconvención —¡Oh, *el hombre-cerebro-degenerado!*— echó una sábana a mis pretextos; abandoné la oficina, preocupado, autómeta, puro ser viviente sin dirección ni fijo rumbo; todo me parecía muy extraño, muy raro, muy de acuerdo con todos mis presentimientos; vagué unas cuantas horas, anduve todas las calles, todos los paseos, no encontré nada, nada...; llegó la tarde, oí las voces irritantes —de mujer histérica— que pronunciaba un vendedor de periódicos; compré un ejemplar y ¡oh impresión súbita! mi artículo brindaba sus líneas impresas a la avidez de los insaciables, quedé unos momentos estupefacto, lo miraba con ojos inciertos, miré la firma, sí, un Antonio de Castro en caracteres más gruesos indicaba la paternidad espiritual del trabajo; no me atrevía a leerlo, sentía como un cierto miedo, temblaba, mis retinas no impresionaban mas que una difusa mancha negra, pero todo se disipó, tras de aquellos momentos de emoción interna vinieron por natural continuidad otros reposados y tranquilos; tuve el valor de leerlo, pero no saqué nada; me pareció muy tonto; volví a leerlo y ya vi amplias ideas en él expresadas, declaro que quedé satisfecho, pero una continuada hipocresía brillaba en aquellas líneas y... torcí el gesto asqueado.

Regresé a casa, por primera vez comenzaba a dolerme el escozor de la soledad, notaba la falta de otro cerebro amigo que, juntamente con el mío, compartiera las lides aventureras de la vida; creí que sería una punzante convicción sensible y no hice mucho caso; sin embargo, esos continuados soliloquios hundían a veces los optimismos que irradiaban de la máquina de mis ideas. El hombre que piensa para sí propio no cumple las más sagradas leyes de la Naturaleza; yo sentía la carencia absoluta de un espíritu donde mis inflamadas opiniones encontraran acogida o controversia; el más sublime don del hombre es la discusión; la polémica le instruye, le conforta, le reanima; el que todo lo ve claro, muy natural, es un desgraciado badulaque sin la más mínima noción de la intelectualidad, sin cualidades observadoras, sin sensibilidad cerebral. La intuición comunicativa es la maestra por antonomasia, remueve las interioridades, hace dar la cara, da a la vida un cierto sabor agradable; por eso el individuo que siente hervir dentro de sí los remolinos y las turbulencias de una agitada teoría debe darla a conocer, exponerla con valentía y nobleza; he aquí el elevado deber del escritor.

Al hacer estas reflexiones sentíame atraído más y más por el imán literario, y creo que hasta llegué a vislumbrar posibles triunfos, respetables situaciones, ideas aceptadas, etc., etc.

Aquel artículo político fue coronado en la ciudad por la diadema del éxito; llovían sobre mí felicidades, efusivas frases alentadoras, proféticas palabras de triunfos..., y don Miguel reunió en una cena a los íntimos del partido con el único objeto de celebrar mi despertado genio de escritor. Con repugnancia casi recibía yo estos elogios mundanos, pero, a veces, me rendía ante las refulgencias de una imaginación ilusa. Fue una de esas

reuniones íntimas donde se derrocha elocuencia gracias al influjo del «champán», y cuya descripción hace la prensa, considerándolas como pretexto para una declaración política que nunca se hace; en realidad, son expansiones fisiológicas, insultantes a la ética ciudadana, y donde, si la cabeza no se inflama demasiado, se habla de la conducta a seguir, de los contubernios a realizar, de los chanchullos caciquiles, de la posible subida al Poder, y, por último, de frivolidades, de queridas, de mujeriegos andanzas; y hablando de la molición, de aventuras venusiacas, siempre hay algún comensal que, con palabras sentidas y elocuencia ciceroniana, expone la crítica situación del Erario, el enorme déficit del último presupuesto, la posible realización de una catástrofe financiera...; todos quédanse pensativos, razonadores, casi haciendo números..., por un momento olvidan el desnudo que en su cabeza iba tomando rictus procaces... Uno cualquiera saca la estilográfica y escribe sobre un papel cifras y más cifras; la reunión se ha convertido en un salvador cónclave...; de pronto, otro cualquiera, a quien todos miran como cerebro privilegiado, levanta la voz y dice haber encontrado la solución del próximo conflicto: «Señores, nada más fácil —dice— el lanzamiento de un nuevo Empréstito salvará la Hacienda.» No se le deja continuar, todos exclaman al unísono: «Es verdad... no se nos había ocurrido antes». Y en el salón vuelve a reinar ese alegre murmullo que rodea —en estos casos— a las conferencias intrincadas; el más viejo, entonces, coloca otra vez el eterno tema sobre la mesa..., se habla de cortesanas, de Afrodísia, se satiriza todo, y, en medio de una gran expectación, el Jefe político resume los discursos y marca la pauta, la ruta; si la reunión fue en honor de alguien alude a su inmensa labor, a su talento formidable, a su gran porvenir; el homenajeador da las gracias. Los cuerpos adormilados aplauden, ansían prolongar indefinidamente la estancia, al fin por entre los visillos de los balcones penetra un hilillo de difuso resplandor matutino, la luz artificial se hace más tenue, se oye fuera el bostezo de los pacientes «chauffeurs». Y el esposo que más tema a su señora se levanta indignado por la hora, se levanta y sale..., los demás duermen y hablan, casi discuten. Unos detrás de otros van desfilando, las botellas vacías parecen acusar enérgicamente..., surge el remordimiento, pero todo se acaba; tres horas después los periódicos de la mañana daban cuenta en gruesos caracteres: «Cena íntima en honor del joven escritor don Antonio de Castro. Importantes declaraciones políticas». Era yo todo un personaje que tenía voz, que en algunos puntos se hablaba de él. D. Miguel Velasco estaba loco de contento, se atrevía a decir que yo era su hijo espiritual, que me había educado en la política, que había despertado en mí esas aficiones; lo decía con la mayor buena fe y yo las recibía asintiendo; casi celebraban estas cosas mis vulgares amigos más que yo; Capilla fue a verme al día siguiente, casi lo ahogaba la emoción, se sentía orgulloso y no sabía qué hablar.

—Chico, si eres un talento, cualquiera lo creería, vamos, hombre, ponte alegre.

Yo le miraba con fijeza, sus efusiones me parecían impropias; estas cosas que me sucedían —ellos las llamaban triunfos— no me alegraban, al contrario, me entristecían porque no las consideraba como mi ideal soñado, porque representaba una falsa interpretación a mis fines. Y yo me decía: «Esto es más propio de un hombre que busque honores, gloria y ambición, no del que huye de los bullicios humanos por asquearlo; la verdad, no lo comprendo, puede suceder que mis semejantes me hayan conocido mejor que yo a mí mismo, pero no, esto no puede ser», y se lo hacía notar a Capilla: «Tú, que eres trabajador, estudioso, aficionado a los realismos mundanos, con un excelente cerebro, me extraña que permanezcas quieto, desconocido; te advierto que me dan ganas de huir, de

marcharme, lo único que me alegra de esta situación es que puedo escribir, desarrollar mis impulsos en las columnas de un periódico, en relación con un público que me lee..., esto es sublime; pero, también hay que ver que intelectualmente estoy aprisionado, que no puedo salirme de determinados extremos.

—¿Qué dices, hombre? —me contestó mi amigo— No seas tonto, me alegra el verte en medio de la vida real, sin encuentros graves y sin disidencias de importancia; la suerte ha hecho que te sitúes bien...

—No me hables así, Capilla, apareces a mi vista como lo que eres: un hombre como los demás, vulgarote, positivo, amigo de la vida porque en ella se triunfa. ¿Si admiras esta posición mía cómo no trabajas por alcanzarla? Esto demuestra además que sois ineptos, que no tenéis valor, que no sabéis adaptar vuestras facultades a las situaciones que son de vuestro agrado; encuentro en el mundo muchos como tú, Capilla; por su excesivo amor a la vida no se deciden a nada, porque temen el ridículo o porque su intelectualidad —con algunas veces ser tan grande— no acierta a desmenuzar mas que libros de texto, rutinas, robadas opiniones...

Nos separamos, el hombre no sabía como atenderme, mostraba el periódico, se reía, palmoteaba, y, por último, decía a gritos: «Si eres muy grande, Castro, si eres muy grande, tú no sabes lo grande que eres». Lo repetía veces y veces, al marcharse no pude menos de sentir por él una leve compasión, cuyo origen era sin duda su entusiasmo. Yo recordaba los años pasados, en las páginas que la vida escribiera entonces aparecía Capilla como un buen estudiante —lo seguía siendo—, que me daba consejos, que procuraba allanar mis disquisiciones en todo, aumentando mi potencialidad, mi experiencia...; y ahora, aquel mismo...

Y ante los recuerdos iba estableciendo comparaciones, iba examinándome a mí mismo..., y notaba cómo una fuerza me echaba en cara el absurdo de mi proceder.

#### Notas

- (1) El cerebro es eso: lógica.
- (2) El canalla es aquel que poseyendo una fuerza hace de ella un instrumento del mal.
- (3) Entiéndase bien, no me refiero a la unidad, sino a un tipo de hombre así.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_012